

# LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA.S.A.

## Filibusteros modernos

Joan Crawford

John Gilbert



25  
CTS

**LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER**

**IBÉRICA, S. A.**

Año III      Publicación Semanal de argumentos  
Nºm.      de películas de  
82      **METRO GOLDWYN MAYER**      25  
Cénts.

Ediciones BISTAGNE  
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

**FILIBUSTEROS MODERNOS**

Emocionante novela de aventuras, interpretada por  
**JOAN CRAWFORD, JOHN GILBERT y**  
**ERNEST TORRENCE**



Producción

**Metro - Goldwyn - Mayer**

DISTRIBUIDA POR

**METRO - GOLDWYN - MAYER**

**IBÉRICA, S. A.**

**MALLORCA, 220 — BRACELONA**

# Filibusteros Modernos

## Argumento de la Película

La inmensidad azul del Mediterráneo ha sido durante muchos miles de años cuna de románticas aventuras.

Un negocio lucrativo para muchos ha sido el contrabando de armas destinadas a los Balcanes.

El puerto de San Roque era un rincón del Mediterráneo donde se habían dado cita las razas más heterogéneas del planeta.

Jerry Fay era un aventurero que había recorrido todos los mares. Mandaba una nave y era como un pirata de leyenda que no temía a los hombres y sabía rendir las almas de las mujeres.

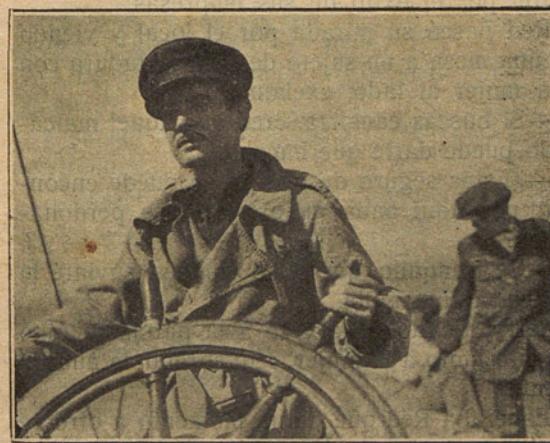
Una tarde llegó con su barco al puerto de San Roque. Atracó junto a otro velero, dedicado igualmente al contrabando. Lo mandaba Red Mc Cue, un lobo de mar, ingenuo y a veces feroz.

Al bajar al muelle encontró Jerry de buenas a primeras con Red. Se conocían de anti-

guo y sabían mutuamente a qué oficio dedicaban su actividad.

—¿Qué hay, viejo tiburón? ¡No te había reconocido! —le dijo Jerry, que gustaba siempre de reírse de su compañero.

—¡Yo no soy tiburón! —respondió malhumorado.



... era un aventurero que había recorrido todos los mares.

Jerry se echó a reír y continuó su camino.

—¡Qué prisa tienes, amigo! —dijo Red.

—Voy en busca de un lugar para beber un trago y dar unos puñetazos.

—Pues, vamos allá, que yo podré servirte en ambas cosas.

—Me siento con bríos para derribar de un

puñetazo al hombre más forzudo de este pueblo—continuó Jerry de modo bravucón.

—Derriba al más forzudo, que yo me las entenderé con el que quede en pie.

Entre bromas y burlas llegaron a una taberna.

Se hicieron descorchar unas botellas y brindaron por el éxito de sus empresas.

Red paseó su mirada por el local y viendo en una mesa a un sujeto de mala catadura con una mujer al lado, exclamó:

—Si buscas camorra, creo que aquel malcarado puede darte que hacer.

—Estás seguro de que no se puede encontrar por aquí nada mejor que este perdona-vidas?

—Ve tranquilo, que si no vuelves, enviaré la noticia a tu familia.

Jerry, riendo, se acercó a la pareja y tomó asiento junto a la mujer, requebrándola audazmente.

Esperaba Red que de un momento a otro se iniciara una tremenda pendencia.

Pero el sujeto malcarado se levantó y, cuando Jerry creyó que iba a agredirle, vió con la mayor sorpresa que le saludaba sonriente y decía señalando las consumiciones hechas:

—Pague lo que se debe... ¡y hasta otra! ¡Los hay primos!

Jerry no tuvo más remedio que abonar la cantidad gastada y, luego de dar unas vueltas por la sala, mirando con ojos apasionados a las numerosas mujeres que allí había, volvió al

lado de Red.

—¿Qué? Al parecer, te disgusta que no me hayan degollado, ¿no?

—Lejos de mí tal idea... aunque pensaba ir a verte al cementerio—le dijo Red.

—¡Ya, ya! Pero con seguridad que si vieses la belleza que acabo de conquistar, tratarías de quitármela...

—¡Nada de eso! Jamás he traicionado a un amigo. ¿Dónde está esa belleza?

—Es aquella de allí! Te la cedo sin compromiso.

Y señaló a una muchacha morena, de gesto ardoroso.

—¡Magnifica!—dijo Red, iluminando su rostro ya arrugado por los cincuenta años de su vida—. Se advierte que es una mujer de buen gusto... Verás cómo va a enamorarse de mí.

—Tiene mejor gusto de lo que te imaginas, y no quiere darte un desengaño.

Pero Red avanzó hacia la bella y sentándose a su lado comenzó a requebrarla, como antes había hecho Jerry con otra mujer.

Ella le rechazó, asqueada.

—¡Imbécil! Si no te quitas de aquí inmediatamente, llamaré a "mi hombre" para que te dé tu merecido. ¡Vete!

—¡No me da la gana!

—¡Manos arriba!—gritó una voz varonil.

Era la del amante de la mujer, que se disponía a castigar severamente la audacia del marino.

Jerry corrió hacia él, quitándole el arma. No era cosa de hacer uso de ella. Que dirímiesen los asuntos a puñetazos, pero no de otro modo.

Y así lo hicieron los dos rivales. Red recibió la peor parte, quedando con todo el rostro ensangrentado. Pero después se rehizo y propinó a su contrario tal serie de golpes que le tumbaron en tierra.

—¡Vámonos de aquí!—le dijo Jerry, arrastrándole por un brazo—. Cambia de traje y arregla los desperfectos de la cara, sino, no te van a conocer en tu barco.

Salieron los dos y, ya en el muelle, se despidieron con afecto. Jerry había pasado una velada divertidísima, a costa de su amigo contrabandista. Y Red regresó a su barco lanzando maldiciones contra las gentes de tierra.

\* \* \*

Al día siguiente, Red hablaba en la cubierta de su barco con una muchacha que vivía en San Roque.

Jerry fué a visitarle y comenzó a hablar en voz baja con la mujer, como si quisiera conquistarla.

—Basta de conversación!—rugió Red.

—Hombre, no te enfades!... Le estaba contando algunas de tus proezas y... haciéndole ver lo guapo que eres.

—¿Es que ella no tiene ojos para verlo?

—Sí, hombre, pero...

La sonrisa de Jerry se convirtió de repente en una mueca grave, al ver lo que ocurría en su barco, atracado al costado del de Red.

Unos policías subían a cubierta, seguramente con el propósito de apoderarse del alijo de contrabando que había en las escotillas.

Jerry cogió a Red y a la mujer y los apartó de allí, para que no descubriesen el registro.

Se dirigieron a otro lado de la cubierta.

—Oye, Red—le dijo—, quiero probarte que soy un buen amigo.

—Tú dirás.

—Un hombre como tú, necesita un buen barco. Si estás dispuesto a dar dos mil duros encima, te cambiaré mi hermoso velero por tu cascaroncito.

—Acepto el trato. Tu barco siempre me gustó.

—Pues, es ya tuyo.

Allí mismo le dió Red los dos mil duros y, contento por la adquisición efectuada, se dirigió con Jerry hacia la embarcación de su nueva propiedad.

Apenas había llegado a cubierta, le salió al un caballero.

—Dispense, señor... ¿Quién es el propietario este barco?

—Yo, Red Mc Cue!—contestó, orgulloso.

—Pues, queda usted detenido por dedicar su barco a contrabando de armas,

Fué inútil protestar. Unos policías se le llevaron preso, mientras Jerry, contento de su estratagema, se reía... Con el cambio, se había librado de ir a la cárcel... y había ganado dos mil duros...

—¡No hagas ninguna declaración hasta que no consultes con un abogado! —le dijo, riendo.

—¡Pillo... traidor!... ¡Me las pagarás!... Y alzó el brazo en ademán de implacable venganza.

\* \* \*

De resultas de aquel proceso, Red permaneció seis meses en la cárcel.

Salido de la prisión, cambió el oficio de contrabandista de armas en el Mediterráneo por el de brillantes en Holanda.

Cierto día, se hallaba en una fonda de baja estofa, acompañado de una mujer galante.

Vió de pronto que entraba en el local y se dirigía hacia el mostrador, Jerry Fay, el hombre que le había traicionado.

Un odio feroz iluminó sus facciones.

—¿Ves ese tipo que está en el mostrador? —le dijo a su amiga—. Es el mismo que trató de engañarme hace un año.

—¿Y qué?

—Pues, si logras atraerlo hacia mi cuarto, te regalaré el diamante más hermoso que jamás has visto.

—Hecho!

Y la hermosa criatura avanzó hacia Jerry y comenzó a acariciarlo de modo felino.

Mientras tanto, Red, llamando a varios hombres de su pandilla, se había dirigido a las habitaciones del desván.

A Jerry no le amargaban nunca las caricias de una mujer y, cogiendo a ésta por el brazo, le dijo:

—Me parece que algo muy malo me va a ocurrir como resultado de tu amabilidad.

—No lo creas!... Me gustas mucho. ¿Quieres que charlemos un rato en mi cuarto?

—Vamos!

Se dirigieron a una estancia sórdida... ¡Si Jerry hubiese sabido que acechándole en la habitación cercana, estaban Red y sus amigos!...

Los dos jóvenes se besaron, y de pronto, ella no pudo reprimir un sentimiento de terror. Iba a traicionar a aquel buen muchacho, que proclamaba con graciosas palabras su belleza...

—Un hombretón que hacía el contrabando en el Mediterráneo, te ha preparado una encerrona —le dijo al oído.

Y le señaló una puerta vecina.

Jerry no perdió la serenidad y con voz muy alta, para que el otro se enterara, contestó:

—¿Es uno que tiene una cara de estúpido con una cicatriz en la barba?

—Sí, sí!...

—¿Un fachendoso con expresión de tiburón?

—El mismo!

—Responde al nombre de Red?

—¡Eso!

—Pues, amiguita... el engráido más imbécil que he encontrado en mi vida, es ese tal Red Mc Cue.

Se levantó y abrió de par en par la puerta donde estaba su enemigo.

—¡Sabía que eras tú!—dijo Jerry, riendo.

Red, seguido de varios hombres de feroz catadura, avanzó hacia él. Al mismo tiempo, de otra puerta entraron nuevos cómplices de Red.

—¡Quiero pagarte ahora el barco que me vendiste en el Mediterráneo! ¡Canalla!—dijo Red.

Y sin dar tiempo a que el joven se defendiera, comenzó a cruzarle el cuerpo a latigazos, con tanta violencia, con tal odio feroz, que no dejó de hacerlo hasta que Jerry, con un gesto de intenso dolor cayó desvanecido.

Luego Red pegó también a la muchacha y, contento de su sabrosa hazaña, se alejó para pedir vino y refrescar sus ardientes entrañas.

\* \* \*

Holanda hizo un embarque mensual de quesos... y entre los quesos llegó a Nueva York Mc Cue.

Volvía a dedicarse al negocio de contrabando de alcohol, negocio importantísimo en el país de la ley seca.

Red, hombre brutal, continuaba ganando mucho dinero. Y no le faltaba nunca la mujer de turno, con que hacerse una ilusión de amor.

Llevaba unos quince días en la ciudad americana y era el amigo oficial de cierta vampiresa de cabaret.

—¡Me resultas demasiado cara, amiga mía! —le dijo una noche, en un café—. Me gasto más dinero en ti que en aguardiente... y eso es excesivo...

—Supongo que no me tomas por una buscavidas que te engaña, ¿verdad, queridito?— respondió ella, mimosa.

Acercóse a ellos el dueño del café, y Red le preguntó con fuerte mal humor:

—Se puede saber por qué me ha obligado usted a vestirme de etiqueta y a venir aquí?

—Es que esta noche te presentaré a un caballerete que vende el ron más barato que tú.

—Presentarme a él? ¡Lo que yo haré es degollarlo!

—Ve con tiento, Red... el hombrecito es de cuidado. Y como sé que el caballerete es peligroso, he hecho que estén aquí algunos de la cuadrilla—agregó el propietario, que también realizaba fuertes ventas de contrabando.

De repente, abrióse de un formidable patadón la puerta del café, y un hombre, seguido de otros varios, entró, revólver en mano.

Red le miró horrorizado y todo su cuerpo se estremeció... ¡Era Jerry, el que había dejado, allá en Holanda, por muerto!

—¡Muy buenas, Red!... — dijo Jerry, sonriente y como si hubiera olvidado sus rencores.

—¡Ah!... ¿Ustedes se conocían? — dijo el dueño.

—Sí... somos antiguos amigos... — explicó Red con una sonrisita de conejo.



—¡Me resultas demasiado cara, amiga mía!

—Me siento muy satisfecho que no me hayas olvidado—agregó Red, guardando el revólver—agregó Jerry, guardando el revólver en el bolsillo y tomando asiento entre Red y su amiga.

La cuadrilla de Jerry, distribuida estratégicamente en las puertas, vigilaba a los hombres de Red.

—Presumo que aun te escocerá la paliza que te propiné en Holanda—dijo Red, algo más tranquilo.

—Desde entonces te he estado buscando para darte las gracias.

—Bien, hombre, ¿y qué manejos te traes para atraparme?

—La cosa es simple... Tengo un cargamento de licor que unos amigos me han regalado.

—¿Y qué?

—Poca cosa. Si estás dispuesto a repartir las ganancias, te dejo pasar el cargamento.



... entró revólver en mano.

—¿Crees que soy un estúpido? ¿Me voy a fiar de ti?

—Tengo quinientas cajas, a ochenta dólares cada una. Verás tú si te conviene a precio tan bajo...

—¡Imposible!... Ni tú mismo lo puedes comprar a ese precio.

—No confundas. Yo no compro. Lo que hago es vender.

Pero como Red negábase firmemente, Jerry se levantó, dando el negocio por concluido.

—Peor para ti... Yo no soy rencoroso... Quería proporcionarte la ocasión de ganar mucho dinero.

—Nada quiero saber de tus cosas...

Jerry, después de acariciar el rostro de la mujer que iba con Red, salió del establecimiento.

Momentos después entró un sujeto de la cuadrilla de Red.

—Red—dijo—, ese hombre que acaba de salir te ha estado timando.

—No soy lo suficiente estúpido para creerlo.

—¡Tú verás! Acabo de saber que los contrabandistas nos han robado quinientas cajas... que son las que él te ofrecía.

—¡Ahora ya sé quién es el autor de todas las fechorías!—rugió Red—. ¡Ese maldito Jerry es el ladrón!

—¡Es maravilloso como aciertas, queridito, es maravilloso!—dijo su compañera.

Pero Red se levantó, dispuesto a tomar ven-

ganza de aquel hombre que pasaba la vida burlándose de él.

\* \* \*

Aquella noche, Jerry, después de haber vendido las quinientas cajas robadas, salió en su barco al encuentro de otro buque extranjero que le entregó un gran cargamento de alcohol.

Realizada ya la operación, y cuando se hallaban a poca distancia de la costa, vieron unos proyectores que les enfocaban.

—¡El guardacostas! ¡Proa a tierra y veremos quién es el más rápido!—gritó Jerry.

El barco se deslizó a toda máquina hacia tierra. El guardacostas ganaba en velocidad.

—¡Proa en dirección a aquella luz, y forzad la máquina!—gritó Jerry, viendo una casa iluminada en la costa desierta.

Llegaron allí y Jerry y sus hombres desembarcaron, entrando, revólver en mano, en la casa.

Una muchacha y un caballero salieron a su encuentro, horrorizados ante los intempestivos huéspedes.

—¡No se molesten, señores!—dijo Jerry sonriente—. Se trata únicamente de que me den albergue por unas horas.

—Pero...

—Traigo contrabando de licor y el guardacostas viene persiguiéndome...

La joven le envolvió en una mirada de odio.  
¡Ver invadida su casa por aquella mesnada de miserables! ¡Su quinta de recreo convertida en refugio de contrabandistas! ¡Qué infamia!

La muchacha se llamaba Mary y era una huérfana riquísima que vivía en aquel gran caserón.

El caballero que la acompañaba era el señor Burton, su administrador y su novio, un metrere presumido.

Mary sentía poco cariño por él, y fué más bien por agradecimiento, al verle que cuidaba fielmente de sus asuntos, que le concedió su mano. Pero su corazón no tomó parte en el contrato...

Los contrabandistas desembarcaron y apagaron por entero las luces del barco. Jerry daba órdenes enérgicas, prescindiendo en absoluto de las protestas de Mary y de Burton.

—¡Llamaré a la policía!—rugió la joven.

—Haría bien en no llamar—contestó Jerry, sonriente—. Pues me disgusta disparar contra mujeres bonitas.

—¡Exijo que salga de esta casa inmediatamente!—dijo Burton.

—¡No sea tan altanero, pues se me agota la paciencia!

Luego miró por una ventana y exclamó:

—Estamos de suerte: el guardacostas ya se aleja mar adentro.

Sonó de repente un tiro y unos hombres entraron en el salón.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó Jerry, alarmado.

—El lacayo trataba de escaparse... y tuve que disparar contra él—dijo uno de los contrabandistas.

—¡Idiota! ¿No he dado orden de que no se dispare?

Y de un formidable puñetazo tendió en tierra al agresor, que fué recogido y sacado de allí por sus compañeros.



—¡Exijo que salga de esta casa inmediatamente!

—Esto ya va pasando de simple contrabando—dijo Mary—. Yo haré que las autoridades le echen mano antes de que pierda usted la costa.

—¡Me gustan las mujeres valerosas como usted!—dijo Jerry.

—¡Mira bien a ese hombre, para que puedas identificarlo ante el juez!—exclamó Burton, con sorda rabia.

—¡Le reconoceré en cualquier lugar que le encuentre!—contestó ella con altanería.

—¡Ah! ¿Esas tenemos? Pues, estos testigos tan inteligentes, vendrán con nosotros—ordenó Jerry. —¡Ea, cogedlos... y al barco con ellos!

Y, a pesar de las energicas protestas, fueron obligados a ir a la nave contrabandista, una vez se hubo alejado definitivamente el guardacostas.

—¡No crea que nos va a atemorizar!—gritaba Mary, furiosa.

—¡Ya lo sé!... Pero me libro de su denuncia... Y, además, una muchacha tan encantadora como usted, me hará mucha compañía en mi barco.

Ya en el velero, pusieron de nuevo proa hacia el mar, en dirección desconocida...

\* \* \*

—Di a los huéspedes que vengan a almorzar—gritó Jerry a uno de sus hombres, a la mañana siguiente.

El contrabandista fué a transmitir el recado a Mary, que estaba en un camarote, y ella contestó con altanería:

—Prefiero morir de hambre, antes que sentarme a la mesa con ese hombre.

—Si ese es su gusto, señora...

Y el bandido, sonriente, volvió al lado de su capitán.

—La dama dice que prefiere tomar veneno, abrirse las venas o degollarse, antes que comer con usted.

—Se le abrirá demasiado el apetito antes de desembarcar.

Mary cambió momentos después de opinión y entró en el comedor. Estaba más hermosa con la mirada exaltada de sus ojos.

—Llega usted a tiempo para tomar un bocado—dijo Jerry alegremente.

—No quiero comer—respondió con noble dignidad—; pero exijo que se me diga dónde estamos.

—Espere unos minutos... vamos a preguntárselo a un “policía”.

Subió por la escalera y dijo al marinero que estaba en el timón:

—Dónde nos hallamos?

—Treinta y dos grados de latitud y cuarenta y cinco de longitud.

—¿Ha oido usted?—dijo Jerry a Mary. Supongo que estará ya satisfecha.

—¡Eso es una infamia! ¡Un secuestro criminal!

Apareció Burton con el rostro enfurecido.

—Buenos días, sol de la mañana—dijo Jerry con aire de burla.

—En mi calidad de ciudadano americano, exijo que me diga la hora que es—explicó Burton con un gesto ridículo.

—¿Qué le importa la hora? ¡Creo que no pensará hacer visitas!...

—¡Infame... infame!—dijo Burton, con una vocecilla aflautada y antipática de pollo melón.  
—Somos ciudadanos americanos y usted no puede tenerlos secuestrados.

—¡Vaya si puedo!... ¿No lo están ustedes viendo?

—¡Pirata!

Jerry volvió despectivamente la espalda a Burton y dijo a Mary, lanzando una carcajada:

—¡Vaya un pisaverde que ha escogido usted para marido!

—El señor Burton no es mi esposo... es mi administrador... y mi prometido.

—¡Bueno, bueno! ¡Contra gustos, no hay nada escrito!

—¿Le interesaría saber lo que pienso de usted?—agregó ella.

—Nada bueno, seguramente.

—Que es usted un miserable, un hombre servil y cobarde.

—Lo último no reza conmigo. Tal vez no tengo sangre azul, pero es muy seguro que tampoco la tengo de gallina. Vivo esta vida porque me agrada... y al hacerlo desafío la muerte a cada instante.

—Nada de lo que diga justifica su proceder. Burton comenzaba a sentir los efectos del mareo. Viendo que Jerry decía cosas en voz baja a Mary y le tomaba una de las manos, gritó a su novia:

—Tan pronto como me pase el mareo, queridita, te protegeré con mi propia vida.

Jerry se echó a reír.

—¡Vaya! Conque daría usted su vida por su novia, ¿no?... Voy a darle la oportunidad de hacerlo.

Tembló Burton como la hoja en el árbol, pues no conocía el valor.

—Si se atreve a jugarse la vida conmigo, prometo que la señora desembarcará sana y salva—dijo Jerry.

Cogió dos pistolas y entregó una a Burton. Pero éste, mostrando al desnudo su alma timorata, rechazó desafiarse, prefiriendo su propia vida a la posibilidad de libertar a su novia.

Esta sintió todo el zarpazo de la ofensa y alejóse melancólica hacia su camarote, ¿Qué iba a pasar allí? ¿Adónde les llevaría aquel barco contrabandista?

Transcurrieron las horas...

Mary, aburrida de permanecer en el camarote, se dirigió a cubierta y comenzó a contemplar la maravillosa puesta de sol, que teñía de rojo las aguas del mar.

También Burton acudió a su lado, y, tal vez excitado por el ajeteo de aquel día, pretendió besar a Mary, rechazando ésta aquellos propósitos intempestivos.

Acudió Jerry, quien, sonriente, separó a los dos novios, comprendiendo que Mary tenía poco aprecio a su administrador.

—Quiero que nadie la moleste—le dijo—y que su estancia aquí sea lo más agradable posible. Tal vez pronto podamos desembarcar... si usted me promete, Mary, no hacer armas contra mí.

Ella bajó los ojos...

Comenzaba a sentir algo extraño en su corazón ante aquel contrabandista que siempre tenía una sonrisa varonil y simpática y no la trataba como a su prisionera, sino con consideraciones de invitada de honor.

Se dió de pronto la voz de alarma. Un barco disparaba contra ellos. Seguramente el guardacostas de la Aduana.

Horrificado Burton ante el temor de un combate naval, corrió a ocultarse en su camarote, y Jerry, cogiendo en sus brazos a Mary, que con el terror se había casi desvanecido, la condujo a su cámara, depositándola dulcemente en la litera.

Luego volvió Jerry a cubierta. No pensaba defenderse. También en su alma había brotado de repente una flor delicada de bondad. Al tener, poco antes, en sus brazos a la bella Mary, se había dicho que no tenía derecho a mantenerla prisionera.

Se rendiría... y que fuese lo que quisiera Dios.

Pusieron bandera blanca y poco después el buque guardacostas se defensa ante la nave contrabandista.

Desembarcaron unos hombres de uniforme, revólver en mano, y la sorpresa de Jerry fué

indescriptible al ver que era Red el jefe de los recién venidos.

En pocos momentos se hicieron dueños del barco contrabandista.

Red y sus cómplices habían optado la estratagema de vestirse de marinos de la armada yanqui, para asaltar el barco de Jerry.

—¡Vaya, vaya!...—dijo Jerry, reaccionando y sin perder la serenidad—. Y yo que me creí que eras un agente de Aduanas...

—Pues, te aseguro que no pensaba ahora en ti—contestó Red—. Estábamos dispuestos a asaltar otros barcos y apoderarnos de su contrabando... pero... ¡demonio!... celebro el encontrarme con el tenorio de todos los puertos de Europa y de Nueva York y de sus contornos... Tenemos muchas cosas que arreglar, amigo... Aquellas quinientas cajas que me robase...

—No es cierto...

—¿Por qué mientes? Mira, creo que tú y yo estamos destinados a hacernos todo el daño posible.

Y se reía burlonamente...

Apareció Burton, quien tomando a Red por oficial de marina, le dijo:

—Ha llegado en el momento oportuno, capitán. Debido a mi influencia, podrá aparecer ante el mundo como un dechado de heroísmo, honradez y moralidad. Haré que se castigue a esos desalmados con todo el rigor de la ley.

—¡Encerrad en la escotilla a ese diccionario! gritó Red a sus hombres.

—Pero... ¡mi prometida está en el camarote! —dijo, sorprendido.

—Pues, tendrás que pasarte sin ella.

Arrastraron a Burton hacia la escotilla, y Red preguntó a Jerry, sonriente, al hombre que odiaba con toda su alma, pero cuyo odio disfrazaba con irónicas burlas:

—Y, dime... ¿cuántas cajas de licor traes a bordo?

—Unas cinco mil, idiota...

—Cinco mil cajas... y me llamas idiota?

—Lo afirmo.

—Cinco mil... ¿y cuántas mujeres?

—No llevo mujeres. Unicamente estuvieron algunas a bordo antes de salir.

—¿No hay mujeres? ¡Vaya, vaya!

Los dos hombres se dirigieron al comedor. Se observaban mutuamente con odio mal disimulado.

Mientras tanto, los secuaces de Red habían registrado todo el barco, encontrando en un camarote a la bella Mary.

Salió la joven, horrorizada ante la presencia de aquella gente de mirada brutal, y corrió hacia el comedor.

Al verla, Red avanzó hacia ella con los brazos abiertos.

Jerry corrió a protegerla.

—¡Esa no es de nuestra calaña, Red! ¡Déjala en paz! —exclamó.

—¿No es de nuestra calaña? ¡Las mujeres son mujeres!

Quiso apartar a Jerry de un manotazo.

—No tema... yo estaré al tanto para defenderla de ese contrabandista —murmuró Jerry en voz baja.

Y había tal energía y bondad en sus ojos, que Mary sintió como si la rodease una gran fuerza de protección.

—Siéntate, lindísima, y no seas esquiva —dijo Red, sonriente.

La joven obedeció, mirando a Jerry, que la recomendaba calma.

Jerry se hubiera lanzado contra Red, venciendo, seguramente; pero ¿qué habría conseguido con ello? El barco estaba ahora en poder de los compañeros de Red y no haría otra cosa que agravar la situación de todos. Era, pues, necesario obrar con cautela y serenidad.

Mary lloraba.

—No te desesperes —dijo Red—; yo no soy difícil de complacer... Precisamente se enamoran de mí todas las mujeres... Tomaremos unos tragos primero, y después tal vez te permita que me beses...

Ella guardó silencio, y Jerry, bromeando, exclamó:

—Siempre tan arrebatador con las mujeres, ¿verdad?

—Está loca por mí... Lo que ocurre es que es tímida.

—La mujer que te quiera, ha de tener buen humor, amigo Red.

—Más de diez están locas por mí en Manila y Shangai. Eso aunque no lo creas.

—Tal vez en Honolulu hallarias una mujer como a ti te conviene.

—No bromees más. Sal de aquí inmediatamente, antes de que te mate.

Llamó a varios de sus compinches y Jerry se vió obligado a salir, dejando atemorizada a Mary, en poder de aquel salvaje.

Cuando Jerry se vió en cubierta, pensó en la triste situación de la joven, y consideró que era preciso obrar con prudencial táctica para impedir qué Mary sufriera el menor daño.

Luchar contra Red, era ahora difícil... pues todos los hombres de Jerry estaban desarmados.

Era preciso obrar con serenidad, pues, de lo contrario, la situación de Mary se haría irreparable.

Jerry no se asustaba ante el peligro. Dispuesto estaba a librar a aquella mujer de las garras de aquel monstruo, fuese como fuese.

Volvió lentamente hasta cerca del comedor y, dando unos billetes de Banco a uno de los secuaces de Red, consiguió de nuevo el paso franco.

Red, que pretendía acariciar a Mary, se levantó al ver al importuno.

En los ojos de Mary brilló una lucecilla de esperanza. Su primer carcelero le parecía ahora su faro de salvación,

—¿A qué has venido?—rugió Red.

—Acepto que eres un conquistador; pero estoy seguro de que no sabes beber—le contestó.

—Apuesto a que bebo mucho más que tú.

—Yo te apuesto a que no... y podemos comenzar ahora mismo.

—Bien... venga vino.

Y Red, para quien el vino era lo principal del mundo, aceptó de buen grado la apuesta.

—Pero, hagamos condiciones. Si ganas, la mujer es para ti... y si gano yo, es para mí—dijo Jerry.

—¡Conformes!

—Mary puede aguardar, entretanto, en su habitación—dijo Jerry.

—¡Bien!...

La joven, con profunda emoción, se alejó y, ya ante la puerta, Jerry le dirigió una mirada de inteligencia, como dándole ánimo, e infundiéndole valor... Y ella sintió que la prevención contra Jerry desaparecía y que en su lugar un sentimiento delicado le invadía el corazón.

Jerry fué a buscar dos botellas y las descorchó. Hacía saltar el tapón dando un fuerte golpe en el fondo de la botella... Red se echó a reír, probando inútilmente de hacer lo mismo....

Bebieron... bebieron... pero, mientras Red bebió realmente, en cosa de media hora, más de un litro de vino, Jerry apenas lo probó, vaciando con todo disimulo los vasos en una escupidera colocada junto a los pies de la mesa.

Poco después, Red estaba borracho... y Jerry simulaba estarlo también...

De pronto, Red dejó caer la cabeza sobre los hombros, como si ya no pudiera resistir más su pesadez.

Aprovechó Jerry la ocasión para correr al encuentro de Mary y decirle:

—Voy a tratar de radiotelegrafiar... Quiero salvarla, Mary... Y si Red se acercase...

Puso en sus manos un revólver.

Ella acarició el arma y, deslumbrada por aquella muestra de confianza, aguardó, más esperanzada que nunca.

Jerry se dirigió al gabinete telegráfico y aprovechando que no había allí nadie, lanzó un mensaje de socorro.

Estaba decidido a entregarse, a rendirse de una vez. Prefería perder la libertad a que Mary sufriese daño alguno en poder de aquel bárbaro de Red. Por primera vez sentía que el verdadero amor nacía en su corazón.

Después de conseguir emitir el mensaje y de dar explicaciones a unos secuaces de Red que le preguntaron qué hacía en el aparato, volvió al camarote donde estaba Mary.

—He radiotelegrafiado pidiendo auxilio.

—¡Gracias! —dijo ella, bajando los ojos y devolviéndole el revólver—; me siento segura cuando me protege usted!

—Al parecer, ha cambiado usted de opinión respecto a mí.

—¿Por qué decirle lo contrario? Me parece

que no es usted tan malo como me figuré al principio.

—No lo soy... Toda mi vida me he visto rodeado por la escoria de la sociedad... no he sido más que lo que me han dejado ser. Si pudiera cambiar de vida...

Red acababa de despertar y, tambaleándose, avanzó hacia la mujer y Jerry. Este volvió instantáneamente a hacer su papel de borracho.

—Jerry... la apuesta está en pie todavía.

—Tú perdiste, Red, y debes cumplir tu palabra...

—Nada de eso... Sal de aquí inmediatamente.

—Pero, con ella... porque la he ganado... y es mía.

Marchó con Mary, cerrando la puerta con llave, tras la cual se debatió ferozmente el miserable Red.

Ya en cubierta, Jerry comenzó a otear el espacio y vió una luz que avanzaba.

—¡Es un guardacostas! —dijo al cabo de un rato.

Y, poniéndose él mismo ante el timón, dirigió la nave en dirección de aquel buque.

Se entregaría... y de esta manera salvaría a Mary.

Red había conseguido romper la puerta de su encierro y apareció sobre cubierta.

Al ver cerca un barco iluminado, preguntó a Jerry de qué se trataba.

—Es un guardacostas... y vamos en su di-

rección... Dentro de poco nos entregaremos sin resistencia—dijo.

—¡Esto es una locura!... ¡Marcha atrás... pronto!...

—¡No... no! ¡Hacia el buque!

—Pero ¿no comprendes, loco?... El barco está inscrito a tu nombre—le dijo Red—, y tú serás quien pagará las consecuencias.

—No me importa...

—Aun podemos escapar... si quieras nos dividiremos las ganancias.

—¡Nunca!...

—¡Ah, canalla!

Jerry y Red se acometieron ferozmente con verdadero salvajismo, con todo el furor del odio contenido durante tantos años en su alma, oculto entre burlas, pero que ahora salía de repente al exterior.

Clavábanse las uñas, y revólver en mano procuraban disparar...

Minutos después sus ropas estaban destrozadas y aparecían sus pechos desnudos como dos gladiadores bárbaros.

Red disparó contra su rival y éste se sintió herido en un hombro. Tiró a su vez; Red volvió a hacerlo hiriendo también a Jerry en el brazo; pero el joven tuvo aún fuerzas para tirar de nuevo y atravesar de un balazo el pecho de su contrario.

Los dos hombres, extenuados, caídos en tierra, fueron acercándose mutuamente.

Rendidos, gravísimos, estaban ahora en un estado de terrible y brutal inconsciencia.

Red cogió una botella que viera en tierra y la descorchó pegando un golpe en su fondo... como había visto hacer a Jerry...



... se acometieron ferozmente con verdadero salvajismo...

Su respiración era jadeante; se moría...

Mary miraba atemorizada a los dos hombres.

Llegaron los marinos del guardacostas, y revólver en mano, preguntó el capitán:

—¿De quién es el barco?

—¡Mío!—murmuró débilmente Jerry.

Pero Red, irguiendo el busto en desesperado esfuerzo, contestó, después de envolver

en una piadosa mirada a Jerry, como si apartara ya para siempre su odio:

—¡Ese hombre miente!... ¡El barco es mío!

Se señaló su pecho y cayó en tierra ya sin vida.

Su rival le miró con emoción, comprendiendo que Red acababa de acusarse para quitarle la responsabilidad de dirigir un barco contrabandista.

Mary corrió a su lado, enjugándole el terrible sudor de su frente.

—Red no era tan malo como parecía—dijo Jerry, suavemente—. Ya ves... se ha sacrificado por mí... bueno en el fondo... como yo... Mary... por una vez... una sola vez... imagínate que soy un caballero... dame un beso... uno solo...

—¡Oh, Jerry!

Y ella le dió los labios... y el contrabandista cayó desvanecido en sus brazos.

Y mientras los marineros registraban el buque y sacaban a Burton de su encierro en la bodega, procediendo luego a las diligencias urgentes, la joven estrechaba contra su corazón a aquel contrabandista medio muerto, diciéndole que si vivía, ella le reservaría, pese a todo, su alma libre de mujer...

F I N

[B.]